BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

Vacíos de vida interior

¿Por qué? Por no conocer a Jesucristo y no vivir su Misterio Pascual

Acuérdate de Jesucristo... resucitado de entre los muertos (2 Tim. 2,8), pues Él murió por nuestros pecados (1 Cor. 15, 2)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN 84-7770-489-9
Depósito Legal ZA 51, 2000
Imprime: *Ediciones Monte Casino,*
Tél. 980 53 16 07 • Fax 980 53 44 25
E-mail: edmontecasino@planalfa.es
49080 ZAMORA, 2000

PRESENTACIÓN

Amigos lectores

En este libro pretendo dar a conocer lo mejor posible a Jesucristo, y este conocimiento lo alcanzaremos mediante el estudio y lectura de la Santa Biblia, especialmente de los Evangelios, en los cuales se nos revela el misterio de Cristo, oculto a todos los siglos (Rom. 16, 25-26).

Respecto al Misterio Pascual de Cristo, o sea, a su Pasión, Muerte y Resurrección, hemos de conocer que es una obra maravillosa por la que Él ha realizado la redención humana y la perfecta glorificación de Dios.

Vivir el Misterio Pascual de Cristo es llevar en nuestra alma una vida interior opuesta a la vida de sentidos, vida de exterioridades que tanto disipa.

El misterio de Cristo nos mueve a hablar de su Encarnación, de su Pasión, Muerte y Resurrección, por ser su obra redentora.

Vamos a hablar de estos tres misterios. La Encarnación, la Pasión, y la Resurrección de Jesucristo. Son misterios incomprensibles. ¿Cómo

es posible que Dios se haya hecho hombre sólo para poder sufrir por nosotros? ¿Cómo es posible que un Dios muera por el hombre? Esto nos mueve a meditar sobre estas dos preguntas?: ¿Quién es Dios? y ¿quién es el hombre?

Dios es el sumo poder, la suma grandeza y la suma sabiduría, y el hombre es la impotencia, la suma debilidad, y la suma dependencia del Creador. Se comprende que el hombre haya sido creado para servir a Dios y sacrificarse por Él, y en esto consiste su dicha y su gloria..., pero ¡que un Dios que no necesita del hombre, se sacrifique y muera por el hombre! esto es algo incomprensible.

Vamos, pues, a hablar de estos misterios y después de su exposición (y lo advierto a mis lectores) por haber recibido un libro titulado: VIVAMOS CON GOZO NUESTRO SACERDOCIO, *–que me dedicó mi buen amigo Monseñor Juan Antonio Flores, cuando estaba de obispo en su primera diócesis de La Vega (República Dominicana)–, tomaré de él unas ideas acerca del misterio de Cristo, y las referentes a las familias de hoy y a los candidatos al sacerdocio, por creerlas útiles para todos.*

Sabemos que cuesta llevar la cruz e irse acostumbrando a los vencimientos, pero esto es lo que

nos proporciona vida, salud, liberación y amor verdadero.

Dios quiera que nos penetremos todos de las enseñanzas del misterio de Cristo y podamos vivirlo con la máxima dignidad posible.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 15 de mayo de 1999

¿QUIÉN ES JESUCRISTO?

¿Dónde y cómo podemos conocerle?

Para conocer a Jesucristo debidamente lo podemos conocer mediante el estudio y lectura asidua de las Sagradas Escrituras, especialmente en los Evangelios.

Los apóstoles que convivieron con Él en los días que vino a la tierra, como fueron entre otros, Pedro y Pablo de Jesucristo, dijeron:

SAN PEDRO: *«Tú tienes palabras de vida eterna»* (Jn. 6, 68). *«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»* (Mt. 16, 16).

SAN PABLO: una vez convertido, iba anunciando a todos que Jesucristo era el Mesías, *«la imagen de Dios invisible. Por Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra. Él es antes que todo y todo subsiste en Él. En Él habita toda la plenitud de la divinidad, y en Él se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»* (Col. 1, 15-26).

Jesús pasó haciendo bien y sanando toda clase de enfermedades... y las gentes decían: *«Jamás persona alguna ha hablado como este*

hombre» (Jn 7, 46). *«Todos los que le oían se maravillaban de su doctrina y de sus respuestas»* (Lc. 2, 47). Jesucristo nos habló de la vida futura y eterna, y a un joven que le preguntó qué tenía que hacer para salvarse y lograr la vida eterna, le contestó: *«Guarda los mandamientos»* (Mt. 19, 17). Sus palabras son inmutables y eternas, y así dijo: *«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras* (= lo que Yo he dicho) *no pasarán»* (Mc. 13, 31), es decir, tendrán su cumplimiento.

Muchos falsos sabios nos engañan, pero Jesucristo jamás, porque ha venido para dar testimonio de la verdad. Él ha dado al mundo una doctrina en la que no entran más que cosas elevadas: el desinterés, el sacrificio, la pureza, el amor…

Estudiemos el Evangelio, que en él tenemos las palabras de Jesucristo, y en él conoceremos nuestro punto de origen y nuestro término de destino y los medios necesarios para tender a ese fin.

La Encarnación es la obra maestra de Dios

«El Verbo se hizo carne» (Jn. 1, 14). Dios se hizo hombre. El Hijo de Dios se hizo hijo de

María. Esta es la más grande y más perfecta obra de Dios. Entonces se manifestó su omnipotencia, uniendo el hombre a Dios, además manifestó su divina sabiduría, tomando un cuerpo en el seno de una virgen, a fin de poder sufrir y satisfacer a Dios Padre por nuestros pecados, ya que la divinidad no podría sufrir para rescatarnos, es decir, como hombre podía sufrir y como Dios dar a esos sufrimientos un valor infinito para redimirnos. También Dios manifestó una justicia consumada, pues con la dignidad de su persona, el Verbo encarnado, muriendo, satisfizo plenamente a la ira, a la venganza y a la justicia divinas... y finalmente manifestó una bondad sin límites para perdonarnos y llenarnos de sus dones y gracias.

• *San Agustín* dice: «Se ha hecho Hijo del hombre para hacernos hijos de Dios» *(De Incarn.).*

• *San Gregorio Magno:* «Ha nacido en la tierra para que el hombre naciese para el cielo» *(Natus est... De Incarn.).*

• *Santo Tomás* pregunta si Dios puede hacer cosas más grandes y mejores que las que ha hecho, y contesta que Dios puede hacerlas,

exceptuando, sin embargo, tres de estas cosas: 1º La Encarnación del Verbo; 2º La divina maternidad de María, y 3º la bienaventuranza del cielo.

Las razones que de aquel sabio y santo doctor son: que Dios no puede hacer un hombre mejor que el hombre-Dios, ni una Madre más perfecta que la de Dios, ni una bienaventuranza más buena que la eterna visión y posesión de Dios; pues la humanidad de Jesucristo, en tanto que está unida a Dios, y la felicidad de los elegidos, en tanto que es Madre de Dios, tienen cierta dignidad infinita, por el bien infinito que es Dios, y bajo este concepto nada puede existir mejor, por lo mismo que nada es mejor que Dios» *(I p.q. 26 art. 6 ad 4).*

Y si preguntamos ¿cómo se verificó la Encarnación? El Evangelista Lucas nos lo dice (Lc.1). La Virgen María halló gracia ante Dios y concibió por obra del Espíritu Santo y es llamada *«La bendita o más alabada entre todas las mujeres, por ser Madre del Altísimo».*

Y si además preguntamos por qué se verificó la Encarnación? Tenemos que responder: para rescatarnos del pecado, sufriendo y muriendo por nosotros... Dios se hizo hombre, dice san

Agustín, para que el hombre llegase a ser Dios» *(Serm. 9 de Nativ).*

Y San Anselmo dice: «Dios ha tomado nuestra carne para que pudiéramos concebirle, verle, oírle, hablar y gozar de su presencia» *(Lib. 2, c. 20).*

Los apóstoles comieron y vivieron con Él y le tocaron, como dice san Juan (1 Jn. 1). En Él estaba la vida y se encarnó para darnos la vida, la vida de la gracia y la vida de la gloria eterna.

La Pasión y Muerte de Jesucristo

En nuestro Credo católico, en la profesión de fe que hacemos en la misa de domingos y días festivos, decimos: «Jesucristo... por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre, y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras».

Jesucristo ante sus discípulos pronunció esta profecía, la que se cumpliría poco tiempo después: «*Ved que subimos a Jerusalén, y se cumplirá en el Hijo del hombre todo lo que está escrito por*

los profetas: será entregado a los gentiles, escarnecido, injuriado y escupido; le azotarán, le matarán, y al tercer día resucitará» (Lc. 18, 31-33).

Para darnos una idea de los sufrimientos y humillaciones por las que pasó Jesús en su Pasión, siendo la suma inocencia, recordaremos brevemente el proceso que sufrió ante los diversos tribunales.

Proceso de Jesús ante el Sanedrín y ante Pilato

A estos procesos, religioso y civil de Nuestro Señor Jesucristo, le dan grande importancia todos los evangelistas y nos los exponen con muchísimos detalles, y mi finalidad, al hablar de ellos, es exponer lo más esencial que en ellos tuvo lugar.

Por lo que hace el proceso religioso de Jesús ante el Sanedrín, presidido por Caifás, que era aquel año el sumo sacerdote, tenemos que decir que ya de antemano en tal Sanedrín estaba descontada la idea de justicia, porque estaba ya condenado hacía mucho tiempo, pero era preciso salvar las apariencias.

Caifás empieza interrogando a Jesús en lo concerniente a sus discípulos y su doctrina. Jesús

le respondió: *«Públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he dicho en secreto. ¿Por qué me preguntáis? Preguntad a los que han oído lo que les he dicho; ellos saben lo que he hablado»* (Jn. 18, 19-21).

Todos sabían lo que había hecho y hablado Jesús. Había curado a los enfermos, había devuelto la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, la vida a los muertos; había multiplicado los panes, arrojado a los demonios y calmado las tempestades; en una palabra, había pasado el tiempo haciendo el bien...

¿Quién podía ser engañado? Pero, queriendo ser considerados como jueces íntegros, Caifás y los que habían jurado la muerte del Mesías le interrogaban y se constituían en acusadores suyos...

Al decir Jesucristo: *¿Por qué me interrogáis?* uno de los alguaciles le dio un bofetón diciendo: ¿Así se contesta al gran sacerdote? Jesús repuso: *«Si he hablado mal, manifestad el mal que he dicho; pero, si he hablado bien, ¿por qué me pegas?»* (Jn. 18, 22-23).

Así pues los príncipes de los sacerdotes y toda la asamblea buscaban un falso testimonio contra Jesús para hacerle morir (Mt. 26, 59). Estaban resueltos a crucificarle; pero, aunque eran muchos, astutos y malos y llenos de odio, no hallaban ningún motivo de acusación contra Él, porque su moral y su vida eran irreprensibles... Por esto necesitaban testigos falsos, testigos de la mentira, que no estaban acordes...

Ante tales acusaciones, Jesús callaba, porque la acusación era mala... Al fin Caifás, simulando profunda indignación por el supuesto ultraje al Templo del Dios de Israel, le interpeló con afectada solemnidad: *«Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito»* (Mt. 26, 63). Caifás hablaba así, no para llegar al conocimiento de la verdad, sino para adquirir los elementos de una condenación.

Jesús le respondió: *«"Tú lo has dicho", y en verdad os declaro que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo»* (Mt. 26, 64). Entonces el príncipe de los sacerdotes desgarró sus vestidos, diciendo: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de testigos? He aquí que aca-*

báis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?». Pedía un voto por aclamación, y todos responden: «Merece la muerte»: *«Reus est mortis»* (Mt. 26, 66). Y lo obtuvo de aquella asamblea servil, pues todo el proceso había sido encaminado a este fin.

El Sanedrín condenó a Jesús porque había dicho que era el Mesías, el Hijo de Dios, que ya tantas veces se lo había demostrado con palabras y milagros... y terminan escupiéndole en el rostro, y le abofetearon... El que es el Santo de los santos, fue acusado como un impío... Aquellos hombres, sin saber lo que hacían, dieron así cumplimiento a las profecías de que Cristo quería así redimirnos...

Proceso civil de Jesús

«Al amanecer, todos los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para matarle, y habiéndole atado se lo llevaron y lo entregaron al gobernador romano Poncio Pilato (Mt. 27, 1-2), y se lo llevaron a éste para que éste decretase la sentencia de muerte. Ellos lo hubieran hecho mil veces, si hubieran tenido el poder; pues aquel

deseo deicida los devoraba; pero los romanos les habían quitado el derecho de justicia soberana.

Así vemos que cuando Pilato les dijo: «*Tomadle y juzgadle según vuestra ley*», ellos le respondieron: «*No nos está permitido sentenciar a nadie a muerte*» (Jn. 18, 31). Pilato les dijo cuando le presentaron a Jesús: «*¿Qué acusación traéis contra este hombre?*». Ellos respondieron con orgullo: «*Si no fuere un malhechor, no lo hubiéramos traído*».

Pilato no quería meterse a juzgarle, pues sabía que lo habían prendido por envidia, y veía la iniquidad de los judíos y la inocencia de Jesús. Pilato despreció las acusaciones de las autoridades judías, porque le costaba que estaban desprovistas de fundamento, y dirigiéndose al mismo Jesús, le dijo: «*Los de tu raza y los pontífices te han entregado a Mí. ¿Qué has hecho? ¿Eres Tú el Rey de los judíos?* Jesús respondió: «*Tú lo dices; soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. ¿Qué cosa es la verdad?*, preguntó el gobernador; pero sin esperar respuesta, dejó a Jesús y salió del pretorio, para conferenciar de nuevo con los sanedritas, a lo que terminó diciéndoles: *Yo no encuentro ningún crimen en Él.*

Pilato intentó salvar a Jesús..., pero los judíos insistían con grandes voces, prefiriendo la libertad de Barrabás que era un asesino y la condena de Jesús: *«¡Crucifícale, crucifícale!...* Viendo Pilato que nada adelantaba y que el tumulto iba en aumento, pidió agua, y lavándose las manos ante el pueblo, dijo: *«Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros responderéis de ella»* (Mt. 27, 24). Pilato fue un juez cobarde, pudo lavar las manos, pero no su conciencia, ni su memoria. El pueblo cristiano seguirá recordando este hecho en su Credo: *«Jesucristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato...»*.

Pilato se declara inocente de la sangre del justo, y él es quien pronuncia la sentencia de muerte...

Entonces todo el pueblo judío contestó: *«Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos»* (Mt. 27, 25). Ellos se hacen responsables de la muerte de Jesús. Aquella siniestra turba que reclamó violentamente la muerte de Jesús, pronunció un voto execrable, cuyo gravísimo peso no tardará en llevar sobre su cabeza. El anatema que lanzaba contra sí misma y contra sus hijos se realizó plenamente, cuarenta años

después, cuando los romanos al mando del emperador Tito se apoderaron de Jerusalén, llevándolo todo a sangre y fuego. Fueron tantos los desventurados habitantes de la ciudad a quienes crucificaron, que, según el relato del historiador Flavio Josefo, llegó a faltar madera para fabricar cruces: espectáculo horrible, en el que no se puede menos de ver el castigo que la nación deicida había demandado contra sí misma.

Pilato, simulando entonces que renunciaba a toda resistencia, mandó poner a Barrabás en libertad, como querían los judíos, y después de haber hecho azotar a Jesús, se lo entregó para que lo crucificasen (Mt. 27, 26).

Nuevo proceso de Jesús ante los hijos de Israel

No existiendo hoy el Sanedrín, que hace veinte siglos condenó a Jesús y expresó el voto de que su sangre cayese sobre los más lejanos *hijos* de Israel, esos *hijos* instituyeron en Jerusalén, en 1933, un tribunal oficioso, compuesto de cinco insignes israelitas, para que examinase de nuevo la antigua sentencia del Sanedrín.

El veredicto pronunciado por este tribunal, con cuatro votos a favor y uno en contra, fue que

la antigua sentencia del Sanedrín debía ser retractada, ya que "la inocencia del inculpado estaba demostrada, y su condena fue uno de los más terribles errores que los hombres hayan cometido jamás, error cuya reparación honraría a la raza hebrea».

Después de aquel grito de los contemporáneos de Jesús: *«Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos»*, ¿qué hemos de decir? ¿Qué ha sido de ti, oh pueblo de Israel, pueblo que en otro tiempo, eras el pueblo de Dios, la nación santa, de cuyo seno habían salido los patriarcas y los profetas; la nación que vio tantos milagros y poseyó las tablas de la ley, el arca de la alianza y el templo del verdadero Dios; la nación en la que nacieron María, Jesucristo y los apóstoles? ¿Dónde estás? Mira la enormidad de tu crimen y la expiación que te ha sido impuesta!...

El pueblo de Israel es un pueblo misterioso, al que el Señor sigue amándolo, a pesar de sus ingratitudes pasadas, pues, como dice el profeta Jeremías: *«No temas tú, siervo mío Israel, dice el Señor, pues estoy contigo... a ti no te exterminaré, aunque te corregiré con equidad y no te dejaré de todo impune»* (46, 28). Todos somos culpables de

la pasión del Señor, porque todos hemos pecado. La responsabilidad, pues, por la muerte de Jesús no pesa sobre un pueblo determinado, sino sobre la humanidad entera. Así lo dice Pablo: *«El mundo todo se tenga por reo delante de Dios»* (Rom. 3, 19).

Todos debemos estar agradecidos a la pasión del Señor, porque quiso morir por salvarnos a todos, y a este fin nos pide que cooperemos a nuestra salvación mediante el cumplimiento de sus santos mandamientos.

Flagelación... y coronación de espinas

Vamos a continuar hablando de la sangrienta historia de la pasión por la que quiso pasar nuestro Salvador por la salvación de todos.

Aquel gran Dios se dejó atar a una columna para ser azotado. Los azotes eran entre los romanos el castigo de los esclavos. ¡Era, pues, imponer a Jesucristo una nueva humillación, al propio tiempo que un nuevo castigo; era tratarlo como se trataba a los esclavos, y a los esclavos revelados, a Él, que es el Rey del cielo y de la tierra!

Los verdugos hieren su sagrado cuerpo con cuerdas llenas de nudos con repetidos golpes y

encarnizamiento. La sangre corre por todas partes, y pronto las carnes se desgarran y caen a pedazos.

Isaías que le había contemplado en aquel triste estado, exclama: «*No tiene brillo ni hermosura; le hemos visto, y estaba desconocido. Le hemos visto despreciado, el último de los hombres, un hombre de dolores que conoce la debilidad. Su rostro estaba como oculto bajo las huellas del desprecio, y le hemos tenido en nada*» (53, 2-3). El salmista le vio también y declaró que los verdugos contaron todos sus huesos (22, 18). Sin embargo, el cordero sin mancha no pronunció ninguna queja...

Faltaban nuevos ultrajes y otros sufrimientos. Después de haber sido Jesucristo condenado, los soldados del gobernador lo llevaron al pretorio, reunieron alrededor suyo toda la cohorte, le despojaron de sus vestidos, le cubrieron con una clámide o capa militar de color de escarlata, y con ramas espinosas formaron una corona, la colocaron en su cabeza, y pusieron una caña en su mano derecha. Luego doblando la rodilla delante de Él, se burlaban diciendo: Salve, Rey de los judíos. Y le escupían en el ros-

tro, le cogían la caña y le pegaban en la cabeza (Mt. 27, 29-30). Toda la cohorte se reunió para hacer del Salvador una especie de teatro y burlarse de Él...

Hablando del modo como deben los miembros de la Iglesia sufrir todas las penalidades, San Bernardo dice: «No conviene que un cuerpo cuya cabeza está coronada de espinas tenga miembros delicados» *(Serm de Passione).*

Aunque los soldados romanos coronan a Jesucristo por burla, dice también San Bernardo, confesaron su dignidad real: le declararon Rey sin pensar que lo era efectivamente (cf. *In Passione*).

Elegido Godofredo de Bouillón por rey de Jerusalén, se negó a poner en su cabeza la corona real, diciendo que no convenía que un rey cristiano llevase una corona de oro en la ciudad en que Jesucristo había sido coronado de espinas *(Historia de las Cruzadas).*

Jesucristo fue coronado de espinas para alcanzarnos la diadema del cielo. La corona de espinas que llevó el Salvador era la figura de nuestros pecados... Doblando los soldados la rodilla delante de Él, se burlaban y le decían:

«Salve, Rey de los judíos» (Mt. 27, 29). San Pablo dice: *«Al nombre de Jesús debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos... y toda lengua confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre* (Fil. 2, 10-11).

Salve, Rey de los judíos Jesucristo es, efectivamente Rey: reina en el cielo con su gloria, en la tierra con su cruz y su gracia, y en el infierno con su justicia. *«Es Rey de los reyes y Señor de los señores»* (Apoc. 19, 16).

Crucifixión y muerte de Jesucristo

Después de haber hecho a Jesucristo toda clase de ultrajes, de haber sido víctima del odio, del furor, de calumnias, de insultos y de inauditos ultrajes, le cargan con la cruz que Él no había merecido, sino los hombres culpables, y al fin llega, atravesando la calle de la amargura, hasta llegar a la cumbre del Calvario, y allí los verdugos se apresuran a despojar a Jesucristo de su túnica y a sortearla.

Entonces le quitan sin compasión un vestido que estaba pegado a su carne, volvieron a abrir todas sus llagas, y la sangre corrió en abundancia de cada parte de su cuerpo. Luego extendieron

sobre la cruz a la inocente víctima, y se prepararon a sacrificarla.

«Dios omnipotente, vos que detuvisteis la mano de Abraham cuando iba a herir a Isaac, ¿dejaréis matar a vuestro único Hijo, que es Dios con Vos y como Vos? ¡Detened, Padre celestial, detened el brazo de los verdugos! Pero no; infinitamente ultrajado por los hombres, que no pueden expiar sus ofensas, Dios quiere por víctima a un Dios que borre las maldades de los hombres. La sangre de Isaac no hubiera lavado la tierra que ni el mismo diluvio pudo lavar; sólo la sangre de Jesucristo puede limpiarla y purificarla...».

Jesucristo sufrió en la cruz, en todo su cuerpo, indecibles tormentos, y bien pudo Él, el Hombre-Dios, exclamar por boca del profeta de las Lamentaciones (1, 12): *«Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad, y ved si hay dolor comparable al mío».*

Una vez crucificado Jesucristo en el Calvario, los que pasaban, blasfemaban meneando la cabeza, y le decían: *«Tú que destruyes el templo de Dios y lo vuelves a construir en tres días, ¿por qué no te salvas a ti mismo?* Si eres Hijo de Dios baja de la cruz.

Los príncipes de los sacerdotes también, y los escribas y los ancianos, decían mofándose: *Ha salvado a los demás y no puede salvarse a sí mismo; si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y le creeremos.* Aunque hubiera bajado entonces de la cruz, no hubieran creído en Él. Bastarían los milagros que había hecho, resucitando muertos y curando toda clase de enfermedades..., pero estaban ciegos...

¡Oh blasfemos! Jesucristo bajaría de la cruz, si quisiera; pero el mundo no se salvaría. No bajará del trono de la cruz en que le habéis colocado sino cuando haya cumplido su obra...

Jesucristo va a pronunciar su primera palabra desde la cruz, y ¿qué dirá ante tantos blasfemos que le injuriaban y acaban de crucificarle? Él podía haber hecho que se abriese entonces la tierra y los hubiera tragado a todos como un día a Coré, Datán y Abirón; pero no lo hará. Él quiere vengarse de ellos con la oración, la caridad y el perdón: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Lc. 23,24).

¡Cosa admirable! Aquel Dios de amor y de infinita misericordia grita: «*Padre mío, perdónales*, mientras que los judíos dicen: «*Crucificadle*,

y ¡cuántos nos asemejamos a los judíos cuando pecamos!...

La última palabra de Jesucristo fue esta: *«Padre en vuestras manos entrego mi espíritu, y bajando la cabeza entregó el espíritu»* (Jn. 19, 30).

Ahora reflexionemos: ¿Por qué murió Jesucristo, y sobre todo, por qué sufrió una muerte tan cruel, a la par que ignominiosa? «Nuestros crímenes, dice San Atanasio, eran execrables, por esto Jesucristo, para expiarlos, sufrió el más infame de los suplicios» *(Serm. de Passione et Cruce)*, y San Agustín nos dirá: «Jesucristo ha querido morir así para que sus discípulos no temiesen la muerte en sí misma, sino que dejasen de tener horror a todo género de muerte. No temáis las afrentas, las cruces, ni la muerte; pues si estas cosas dañasen al hombre, no tendría que sufrirlas el que ha sido rescatado por el Hijo de Dios» (InPs. 140).

Por parte de Jesucristo, la causa de aquella muerte ha sido la inmensidad de amor por los hombres y el deseo de enseñar a sus discípulos a sufrirlo todo... A todos los tocará sufrir, pero sepamos que *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14, 21),

y *«tengamos por cierto,* nos dice el apóstol San Pablo, *que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8, 18).

Lo que hemos de procurar es evitar el pecado, pues muy grave mal es, puesto que tanto costó a un Dios!

La Resurrección de Jesucristo

La resurrección de Jesucristo es el mayor de los milagros y el dogma fundamental del cristiano. Es un acontecimiento histórico y transcendente, acontecimiento ciertamente real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento.

La primera noche de la muerte de Jesucristo, un hombre rico de Arimatea, llamado José, fue ante Pilato y habiéndole pedido el cuerpo de Jesús, Pilato mandó que se lo diesen. Entonces José tomó el cuerpo, y lo envolvió en una sábana blanca y lo depositó en un sepulcro nuevo que había hecho abrir en la peña; le hizo correr una gran piedra a la entrada del sepulcro.

Por la mañana siguiente, reunidos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, fueron a

encontrar a Pilato, y le dijeron: «*Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor había dicho durante su vida: "Después de tres días resucitaré". Mandad, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día, no sea que sus discípulos vengan a robar su cuerpo, y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos; pues el último error sería peor que el primero. Pilato les dijo: Guardias tenéis; id, y guardadlo como queráis. Así, pues, yéndose, cerraron cuidadosamente el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron allí guardias* (Mt. 27).

Después del sábado, a la primera luz del día que sigue al sábado, María Magdalena y la otra María fueron a visitar el sepulcro. Y hubo un gran terremoto, porque el ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose apartó la piedra, y se sentó encima. Su vestido estaba centelleante, y su vestido era como la nieve.

Los guardias, al verle, llenos de espanto, se quedaron como muertos. Y el ángel dijo a las mujeres: *Vosotras, nada temáis; sé que buscáis a Jesús, que ha sido crucificado. No está aquí, pues ha resucitado como lo había dicho: venid y ved el lugar donde el Señor ha estado colocado. Y apre-*

suraos a ir a decir a sus discípulos que ha resucitado (Mt. 28).

Algunos de los guardias fueron a anunciar a los príncipes de los sacerdotes lo que había pasado. Y habiéndose éstos reunido, y habiéndose celebrado consejo con los ancianos, dieron una gran cantidad de dinero a los soldados, diciéndoles: *«Decid que sus discípulos han venido de noche y lo han robado mientras dormíais»* (Mt. 28, 11-13).

Ante esta patraña, San Agustín dice: «Vosotros presentáis como testigos a hombres que dormían. Verdaderamente, oh ciegos judíos, vosotros sois los que dormís, cuando después de buscar mucho nos dais semejantes respuestas» *(In Ps. 53)*. Aducen testigos dormidos. Si estaban dormidos ¿qué vieron? Y si no vieron nada ¿cómo pueden ser testigos?

Jesucristo predijo su resurrección, y se cumplieron sus palabras. *«El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán, y el tercer día resucitará»* (Mt. 27, 21-22), y sus innumerables apariciones a sus apóstoles y a otras diversas personas comprueban el hecho así como su Ascensión al cielo.

El mismo Jesucristo nos dice en el Apocalipsis: *«Yo estuve muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno»* (1, 18).

Vivamos el Misterio Pascual de Cristo

El Misterio Pascual de Cristo nos lo resume San Pablo en estas palabras: *«Cristo murió por nosotros, según las Escrituras, y resucitó al tercer día según las Escrituras»* (1 Cor. 15, 3-4).

Esta es la obra maravillosa de nuestra redención. En la santa Biblia se nos repite que Cristo se *entregó a la muerte por nuestros pecados* (Gál. 1, 4; Rom. 4, 25) y *vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1, 15) y vino *«para que las almas tengan vida, la vida abundante de la gracia»* (Jn. 10, 10).

Nuestro destino final es la vida futura y eterna, a la que nos invita Jesucristo para que la logremos mediante el cumplimiento de sus mandamientos, pues, sabido es, el dicho del joven al mismo Jesucristo: *«¿Qué tengo yo que hacer para lograr la vida eterna? Y Jesucristo le contestó: "Guarda los mandamientos"*. En la vida eterna y bienaventurada *veremos a Dios cara a cara* (1

Cor. 13, 12), que es la fuente de toda dicha y felicidad, y no debemos tener la menor duda.

San Agustín nos dice: «¿Por qué vacila la fragilidad humana, en creer que los hombres vivirán con Dios, si lo que es mucho más increíble ha sido ya realizado: que Dios ha muerto por los hombres?». Y sigue diciéndonos: «Así, pues, hermanos, reconozcámoslo animosamente, mejor aún, proclamemos que Cristo fue crucificado por nosotros. Digámoslo no con rencor, sino con gozo –con gran alegría–, no con vergüenza, sino con orgullo».

Ahí está la causa de nuestra redención y liberación, de nuestra vida y de nuestro éxito. Tenemos que copiar a Cristo y no pasar por alto *la cruz*, pues en este mundo, valle de lágrimas, hemos de pasar por dolores, tribulaciones, contrariedades y tenemos que saberlas aceptar y ofrecer a Dios en satisfacción de nuestros pecados.

Teniendo presente el misterio de Cristo, sabremos vivir alegremente mirando cómo fue la vida de Cristo, porque así pasaremos del dolor al gozo, de la muerte a la vida, de la humillación a la exaltación, de la renuncia de nuestro gusto y voluntad para llegar al amor y a la gracia en la satisfacción plena, de la cruz a la resurrección.

Nuestra vida no tendrá sentido si no comprendemos ni hacemos comprender el valor de la inmolación con Cristo y por amor. Todo para la purificación personal, para probar nuestro amor a Jesús, acompañándole en los momentos amargos por la redención de la humanidad, y en reparación a Dios-Padre por tantos pecados.

Tengamos, pues, muy presente que *«Cristo murió por nuestros pecados»* y que somos objeto de su amor y misericordia: *«Dios probó su amor hacia nosotros en que siendo pecadores murió Cristo por nosotros* (Rom. 5, 8).

El misterio de la cruz

Para el mundo que lleva vida de comodidad, de regalo y de egoísmo, la cruz ha sido siempre una necedad o un escándalo. De hecho el mensaje de la cruz, *para los que se pierden resulta una locura, en cambio, para los que se salvan, para nosotros, decía San Pablo, es un portento de Dios* (1 Cor. 1, 18).

Pero, es necesario que demos a conocer no lo que agrada al mundo y es de su gusto, sino lo designado por Dios y realizado por Cristo para salvarnos a nosotros y al mundo.

Esto es un misterio de Cristo, es el centro del Evangelio por el que todos nosotros seremos salvos. Esta es la realidad fundamental de la que se nutre la fe y la vida de la Iglesia. Y si para Cristo es algo tan claro y decidido, aunque no sea a disgusto como a Pedro, no tenemos más remedio que seguir a Jesucristo. No podemos cambiar el plan de Dios.

Agrádeles a las gentes o no les agrade, hay que predicarles como lo hacía San Pablo, la cruz de Cristo; hay que clavarles en lo hondo del corazón la *«espada del Espíritu que es la palabra de Dios»* (Ef. 6, 17) *esa palabra de Dios viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón»* (Heb. 4, 12).

Una de las cosas que a Jesús más disgustos y problemas le traía de parte de los discípulos y la gente, era el anuncio y la aceptación de la cruz, signo de la redención; pero Él no se arredraba, y así diría: *«Lo mismo que Moisés levantó en alto la serpiente en el desierto, así es preciso que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo el que creyere en Él tenga vida eterna»* (Jn. 3, 14).

«Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13).

Grandes fueron los padecimientos de Cristo desde la noche de la Pasión en el Huerto de los Olivos hasta que fue crucificado en el Calvario, y todos los sobrellevó para redimirnos a todos. Por eso les diría a los discípulos de Emaús, al explicarles las Escrituras: *«¿No tenía el Mesías que sufrir todo eso para entrar en su gloria?»* (Lc. 24, 26).

Una palabra profética para las familias de hoy

En el Sínodo de obispos de 1980 en el que se trató de la familia cristiana en el mundo moderno, después de discutir cuatro semanas sobre este interesante tema, nos convencimos de que todo sería ineficaz si no hacemos vivir a nuestras familias y comunidades cristianas el Misterio Pascual de Cristo. Se necesita una palabra profética para sacudirles la conciencia y hacer que cada uno viva su vocación específica a la luz de este misterio salvífico. Hay que hacerles notar el proceso de Cristo: morir para destruir nuestro egoísmo y pecado; para luego resucitar a una nueva vida de amor y de gozo; y cómo tiene que acompañar a Jesús en este tránsito.

“La espiritualidad familiar debe injertarse en el Misterio Pascual de Cristo, muerto y resucitado por nosotros, pues las familias para mejorar y perfeccionarse, para abrirse a los más pobres, tienen que vivir este plan maravilloso de renuncia y muerte por amor, para llegar a la vida y al gozo también por amor”.

En consecuencia, tenemos que ir sabiendo morir: morir a nuestro egoísmo, a nuestro yo, a nuestro pecado... En el hogar hay que aprender a saber transigir, saber acomodar nuestro carácter al de los demás. Este es el secreto para estar a bien con todos.

Se impone saber sufrir, saber dominarnos, refrenar nuestro orgullo, morir a nuestro genio, a nuestro yo soberbio e ir poco a poco aprendiendo a transigir en todo lo que es justo y razonable. Con pocos vencimientos se va haciendo llevadero el matrimonio y se contribuye a vivir siempre en mutuo y fiel amor.

A este fin tenemos que irnos dando cuenta del calor de la renuncia y de la muerte de nuestros caprichos por amor, por ser éste el camino para llegar a la vida y al gozo también por el amor.

Cristo y sus apóstoles en el Nuevo Testamento insisten en que prediquemos la cruz y la renuncia, como algo esencial al cristianismo, o sea, a todo cristiano para imitar a Cristo y seguirle, si bien Él mismo nos dice: *«El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»* (Mt. 16, 24).

Y reconozcamos que no es la cruz por la cruz, sino en cuanto todo vencimiento nos lleva a crear un clima pacífico de familia, y si esto no se hace, si no hay vencimientos, si no se sabe amar la cruz, continuará el malestar en los hogares, y la norma que impera hoy en muchos, que es el egoísmo y el capricho propio, no desaparecerán, y vendrán las incomprensiones, divisiones, lágrimas, adulterios, divorcios, malversación e injusta distribución de bienes.

Muchos no quieren predicar la cruz, porque dicen que el hombre moderno es incapaz de aceptar la renuncia; pero, como decía Pío XII, "es un flaco servicio que se les hace", y el considerar al hombre de hoy incapaz de dominarse, del autocontrol, del sacrificio, es un insulto que se le hace. Es ponerlo al nivel selvático o del animal. Tal desconsideración también afectaría a Cristo que propone el plan y da la fuerza.

¿Se adiestran en este misterio los candidatos al sacerdocio?

Tenemos que pensar que todos necesitamos vivir profundamente este misterio y encuentro con el Señor para poder transformar nuestras comunidades. Nos desesperamos porque pasan años y años, y no cambian, pero ¿cambiamos nosotros?

Queremos que vivan a Cristo y acepten su proceso, pero lo vivimos nosotros? Si aquí hablamos de las familias y comunidades, qué diremos de los seminarios, donde se forjan los maestros en el arte de vivir el Misterio Pascual de Cristo, y en saber transmitirlo en alegría a los demás.

Un seminarista que no es capaz de percibir con humildad la luz de este misterio de fe, y adentrarse en esta ascética o gimnasia espiritual que propone Jesús, da señales claras de no tener vocación o de ser infiel a ella.

El seguimiento de Cristo por el camino señalado por Él, es el que lleva a producir hombres nuevos. Cuesta, por ejemplo, el vencimiento de las pasiones, pero es necesario ir fortificando la voluntad. Se quiere ir por caminos cómodos y también es necesario ir renunciando a algo que nos gusta, aunque sea en cosas lícitas, vg. en la comida, en las

diversiones... hay que saberse abstener de algo no necesario... *«Los que son de Cristo Jesús, han crucificado su carne o bajos instintos, con sus vicios y concupiscencias»* (Gál. 5, 24).

Hemos de estar dispuestos a servir antes que a ser servidos, a dar antes que a recibir, a sacrificarnos para que renazca en nosotros el amor a lo sobrenatural. En fin, tenemos que irnos asemejando a Jesús *«obediente hasta la muerte»* (1 Jn. 3, 14).

Los criterios básicos de nuestra vida y actividad los hemos de hacer derivar de un Evangelio vivido con integridad y gozo, con la confianza y esperanza inmensas que encierra la cruz de Cristo. "Lo que se nos pide es que anunciemos la muerte de Jesús y proclamemos su resurrección" (S. Liturgia).

Aceptemos la cruz de Cristo

La cruz. El profundo misterio que esta palabra encierra, es también hoy, como en tiempo de San Pablo, *«necedad para los que se pierden»* (1 Cor. 1, 18). La razón nos la describe San Juan en su primera carta, cuando nos describe las tres cosas del mundo que ha de aborrecer el cristiano, como enemigas irreconciliables de la cruz:

– *La concupiscencia de la carne,* que se manifiesta en el desordenado afecto a los deleites carnales, la lujuria y la gula

– *La concupiscencia de los ojos*, cuyo efecto es la avaricia, el insaciable deseo de riquezas y comodidades; la vana curiosidad de verlo todo y probarlo todo, aunque peligre la pureza del corazón, y finalmente

– *La soberbia de la vida*, por la que el hombre mundano busca sobresalir sobre los demás, de donde procede el desenfrenado apetito de honores, la autosuficiencia, que le lleva al desprecio de los demás y a la exaltación exagerada del propio yo.

Ya sabemos de antemano que nos cuesta llevar la cruz, porque es dura, desagradable, amarga. Cruz es todo lo que nos disgusta. Sabemos que nos cuesta a todos llevar la cruz, pero es la que nos proporciona vida y gran bienestar, y nos conduce a la salvación eterna. Y es cierto que no nos han de faltar cruces y tribulaciones, pero es una dicha para nosotros saber que *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14, 21), y sabiendo esto, es necesario saber llevar nuestra cruz con alegría y con garbo.

Hay cristianos heroicos que nos dan ejemplo y tenemos que ser decididos. Si nos proponemos vg. ir a Misa, pudiéndolo hacer, todos los días, el leer uno o dos capítulos diarios de la Biblia, el hacer una obra de caridad u otra obra buena, etc., debemos ser constantes en el camino emprendido de la santidad. Hace falta fortificar la voluntad.

A este fin nos pueden ayudar los ejemplos de los santos, vg. de una Santa Teresa de Jesús, de un San Pablo y tantos otros.

San Teresa nos advierte que inmediatamente uno se dé cuenta que debe hacer algo dificultoso o cortar con algo que le induce al pecado, debe rápidamente determinarse.

San Pablo, una vez que conoció a Jesús y se convirtió, tuvo una decisión, por nada de la vida volverse atrás: *«Pero cuanto a mí, nunca me acontezca gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo»* (Gál. 6, 14). *«Para mí el vivir es Cristo»* (Fil. 1, 21). Para San Pablo, Cristo es el centro de su vida, al igual que nosotros decimos: Mi vida es el trabajo, mi vida es la oración; así él dice que su vida es Cristo. Sin Cristo no tendría para él valor alguno.

Me complazco en mis tribulaciones

San Pablo escribiendo a los colosenses, les dice: *«Me alegro de mis padecimientos por vosotros y completo en mi carne las deficiencias de las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia»* (Col. 1, 24).

¿Por qué, dice el apóstol, que completa en su carne la pasión de Cristo? ¿Acaso sus sufrimientos no tenían un valor infinito de redención? Sabemos que la obra de la redención de Cristo es infinita en su valor, es sobreabundante, y, por tanto, los sufrimientos de Cristo no fueron incompletos en sí mismos, sino, como dice el apóstol, *"en mi carne"*, esto es, en mí y en los demás miembros que formamos parte del cuerpo entero de la Iglesia. Sufrir ahora es completar a Cristo, es dejar hacer a Él en sus miembros lo que antes ha hecho primeramente en su Cabeza.

Los sufrimientos de la Iglesia y de cada uno de sus miembros son sufrimientos de Cristo, de tal manera que las tribulaciones de los miembros son tribulaciones de la Cabeza; como dice Pascal, "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo".

Si Cristo sufrió, justo es que sufran sus miembros. Los sufrimientos tienen ahora conti-

nuación en sus miembros. Nuestros sufrimientos, por tanto, son el instrumento de los méritos redentores de Cristo.

Jesucristo quiere que colaboremos con Él para la salvación de todo el mundo. Por eso San Pablo soportaba con paciencia y con alegría sus sufrimientos por la salvación de los colosenses. No podemos dejar solo a Jesús en el Calvario, tenemos que ayudarle a llevar la cruz.

Seamos verdaderos apóstoles del bien

Soñamos a veces en transformar el mundo e irlo cambiando en mejor, pero no lo lograremos si antes no empezamos a cambiarnos nosotros en mejores, y ¿qué medios tenemos para ser apóstoles y sembrar el bien por todas partes?

Para que nuestro apostolado no sea frío y estéril, necesitamos vivir con espíritu de fe, llevar vida interior, que esté llena del Espíritu de Dios, y para esto tenemos que vivir en contacto continuo con la Palabra de Dios, atender a lo que Él nos dice, y esto lo aprenderemos con el estudio y lectura asidua de la Sagrada Escritura. ¿Acaso no dijeron aquellos discípulos de Emaús después de oír a Jesús que se la explicaba que "ardía su corazón"?...

No hay duda que a Cristo lo hallaremos en este estudio de la Biblia, especialmente de los Evangelios, pues, como decía San Jerónimo: "ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo".

A Cristo también podemos hallarlo siempre en el Sagrario, porque sabiendo por la fe que está Él allí real y verdaderamente, ante Él podemos orar y pedirle nos mande su Espíritu Santo para que nos ilumine...

Además a Cristo lo podemos hallar en el dolor y en la humillación, o sea, en la cruz... y en los pobres, pues lo que hagamos a ellos se lo hacemos a Jesucristo... *"a Mí me lo hicisteis"*...

A Dios debemos dirigirnos con el rezo, con la oración no sólo de petición, sino de alabanza y de acción de gracias y vivir en contacto frecuente con Él mediante la comunión eucarística, o sea, viviendo en gracia y para perseverar en ella frecuentando los sacramentos... y una gran devoción a la Santísima Virgen.

Laudetur Iesuchristus. Alabado sea Jesucristo.

Índice

Presentación 3
¿Quién es Jesucristo? 7
- ¿Dónde y cómo podemos conocerle? 7
- La Encarnación, obra maestra de Dios 8
- La Pasión y muerte de Jesucristo 11
- Procesos de Jesús ante el Sanedrín y ante Pilato 12
- Proceso civil de Jesús ante Pilato 15
- Nuevo proceso de Jesús ante los hijos de Israel .. 18
- Flagelación y coronación de espinas 20
- Crucifixión y muerte de Jesucristo 23
- La resurrección de Jesucristo 27
- Vivamos el Misterio Pascual de Cristo 30
- El misterio de la cruz 32
- Una palabra profética para las familias de hoy ... 34
- ¿Se adiestran en este misterio los candidatos al sacerdocio? 37
- Aceptemos la cruz de Cristo 38
- Me complazco en mis padecimientos 41
- Seamos verdaderos apóstoles del bien 42

OTROS LIBROS DEL AUTOR

El Reino de los Cielos padece violencia ....
Consejos a los que se confiesan ....
El servicio de Dios exige diligencia y combatir la pereza
Supersticiones populares (El espiritismo, la adivinación, la astrología y sectas satánicas) ....
Los vicios de la juventud ....
¿Qué es el hombre ante Dios? ....
¿Queremos arreglar el mundo? ¿Por dónde hemos de empezar? ....
El problema de Dios y sus misterios ....
Vacíos de vida interior ....
La Biblia en meditaciones ....
La Biblia Ilustrada Compendiada ....
La Biblia más bella ....
La Biblia a tu alcance ....
Curso Bíblico Práctico ....
Catecismo de la Biblia ....
Historia Sagrada o de la Salvación ....
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas (Es completo, con versión original) ....
Tesoro Bíblico, Teológico ....
Evangelios y Hechos Ilustrados ....
Jesús de Nazaret ....
Dios te habla (libro bíblico) ....

El Catecismo Ilustrado ....
El Catecismo más bello (Primera Comunión) ....
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos ....
Tesoro del Catequista: Astete explicado ....
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo) ....
Bautismo y Confirmación ....
Catequesis Bíblicas ....
¿Existe Dios? ....
¿Existe el Infierno? ....
¿Existe el Cielo? ....
¿Quién es Jesucristo? ....
¿Quién es el Espíritu Santo? ....
¿Por qué no te confiesas? ....
¿Por qué no vivir siempre alegres? ....
¿Seré Sacerdote? ....
Para ser Santo ....
Pare ser Sabio ....
Para ser Feliz ....
Paea ser Apóstol ....
Para ser Católico Práctico ....
La Buena Noticia ....
La Caridad Cristiana ....
La Bondad de Dios ....
La Santa Misa explicada ....
La Virgen María a la luz de la Biblia ....
La Penitencia, qué valor tiene ....
La formación del corazón ....

La formación del carácter ....
La reforma de una Parroquia ....
La matanza de los Inocentes (aborto y divorcio) ......
La Senda desconocida (LaVirginidad) ....
La Cruz y las cruces de la vida ....
La Religión verdadera y las diversas sectas ....
La Edad de la juventud ....
Los Diez mandamientos ¿Qué valor tienen hoy? ......
La Pasión de Jesucristo ....
Pensemos en el Cielo ....
¡Muerte! ¡Eternidad! Piénsalo y no pecarás ....
Un plan de vida para vivir bien ....
Las Oraciones de la Biblia ....
La felicidad de morir sin dinero, sin deudas ni pecados
La mujer en la Biblia...
¿Existe el pecado? ....
Ejemplos doctrinales ....
El mayor de los males ....
Los hombres del mañana ....
El porqué de los castigos de Dios ....
Guiones homiléticos para los tres ciclos ....
Breve historia del Pueblo de Israel ....
Orígenes de la Iglesia Católica ....
Nuestro caminar bíblico ....
Máximas sapienciales ....
Lecciones de Jesucristo. 30 meditaciones ....
Curso bíblico práctico ....

El valor del Catecismo ....
Pensamientos bíblicos y patrísticos ....
Diez Encíclicas de Juan Pablo II ....
Síntesis completadel Catecismo de la Iglesia ....
Véncete. Triunfa de ti mismo ....
Los males de la lengua y el valor del silencio ....
Jesucristo, ¿quién es y qué nos dice? ....
Para dar sentido a tu vida. Enseñanzas prácticas ......
En manos de Dios ....
Escucha a Dios y respóndele ....
Ejemplos edificantes ....
Novenas y Triduos para todos los Santos ....
Diccionario de Sentencias de los Santos Padres ....
El auténtico cristiano ....
Ejemplos que nos hablan de Dios ....
Ejemplos sobre la Oración ....
Somos blanco de contradicción ....
La vida presente y la futura ....
Fe en Jesucristo ....
No te enfades: enseñanzas y buenos ejemplos ....
La dicha de ser Católico ....
Tres temas interesantes. Lee y reflexiona ....
La Misión de los infieles ....
Verdades fundamentales ....
Alégrate en la tribulación ....
Fomento de las vocaciones religiosas y sacerdotales .
La Doctrina Católica ....